



Hoja de la Congregación Mariana

Redacción: Dependencias parroquiales

Eibar, Abril 1963

Año XII

Núm. 153

LA FULANA DE TAL...

Hay chicas que no piensan en criticarse y reformarse. Creen que «ellas no son como las demás». Hay otras chicas que tampoco sienten la necesidad de reformarse, porque creen que son un caso especial. No son, al menos, hipócritas. Se dicen pecadoras pero no tienen convicción de ello. Esto es un mero pretexto y trampolín para atacar a las demás.

La crítica y verdadera reforma no cabe en estos dos tipos de chicas.

Hoy se habla mucho de autocrítica, tanto en la esfera civil como en la Iglesia. Este criticar nuestros defectos se nos presenta como la solución de todos los males. Todos presentan, a este respecto, unas palabras memorables de Pío XII en las que se refería a la necesidad de una opinión pública o crítica constructiva en la Iglesia.

Sin embargo, en todo esto hay algo evidente: en realidad, en nombre de la autocrítica, lo que muchas veces se hace es criticar de todos menos de uno mismo. Nos acusamos mutuamente, como si cada uno estuviésemos en posesión de la norma de conducta única y totalmente verdadera. Analizamos minuciosamente a los demás, les exigimos tremendas responsabilidades y así creemos contribuir a la reforma de la Iglesia.

Notemos que hay fariseos de dos clases. Unos van a la Iglesia y son hipócritas. Otros no van a la Iglesia y son también hipócritas. Porque como ellos mismos comentan: «no roban ni matan ni son como los que están metidos en la Iglesia».

Según ha dicho un escritor moderno, «tranquilizar la propia conciencia, lamentándose de la situación obrera, y luchar materialmente contra el comunismo contentándose con condenar moralmente al capitalismo, es la definición exacta del fariseísmo de hoy».

Mas a esto habría que añadir que también es fariseísmo tranquilizar la propia conciencia lamentándose del caos ideológico y moral; abandonar materialmente la plaza al caos, condenar los descarríos fomentando las ideas que conducen a ellos, reducir los derechos de Dios al fuero íntimo de la conciencia, silenciar su santo nombre bajo título de respeto a la libertad, empeñarse en contruir una sociedad sobre una moral simplemente utilitarista y garantizadora del orden.

En ambos casos necesitamos de Cristo. Porque la crítica es negativa cuando nos contentamos con decir: «Yo no soy como los otros». La crítica es constructiva cuando nos reconocemos pecadores.

Seguir trabajando

Hay quien dice que en tales días, en tales circunstancias, no se puede trabajar. Digamos, más bien, que es difícil trabajar. Pero se puede trabajar casi siempre. ¡Cuántos días, por hallarnos dolidos en el alma, decaídos, tristes, preocupados, tenemos que hacer verdaderos esfuerzos para entregarnos al trabajo.

Lector: ¿está usted preocupado? ¿Padece usted un poco de melancolía? ¿Siente usted una honda pena? Póngase a trabajar y verá usted cómo poco a poco se va usted entonando.

¡Cómo queman las preocupaciones! ¡Cuánta paz roban los disgustos! Esas espinas, esas nubes, esas cruces... Todos tenemos nuestra cruz. Creemos —¡qué ingenuos somos!— que ese hombre, tan sonriente, tan saludable, tan triunfador por fuera, carece de cruz. Y de pronto un día os confiesa su dolor. Y es entonces cuando nosotros pensamos que nuestra cruz es mucho más pequeña.

La Sagrada Escritura ya habla del día de la nube y de la tempestad. ¿Qué haremos en estos días, en estas horas? Pues cargar con el dolor, con la tristeza, con la preocupación y... seguir trabajando. Si logramos superarnos en esas horas de decaimiento, habremos conseguido una gran victoria sobre nosotros mismos. Y como el sol, cuando menos lo pensemos, volverá a salir para nosotros, volveremos en esos momentos a cantar, sintiéndonos más ligeros que nunca.

COMUNION GENERAL: día 14, PASCUA
 PARROQUIA S. ANDRES PARROQUIA CARMEN
 Hijas de María: Misa de 8,30 Misa de 8
 Aspirantas: Misa de 9,15

CUATRO CARACTERES

Excitabilidad	MELANCOLICO	FLEMATICO	COLERICO	SANGUINEO
Reaccion	Difficil y debil en un principio. FUERTE por repetidas impresiones.	Difficil y debil	Fácil y fuerte	Fácil y fuerte
Duración	Lenta y debil en un principio. FUERTE , por repetidas impresiones.	Lenta y debil	Inmediata y fuerte	Inmediata y fuerte
PROPIEDADES	Inclinación a reflexión, soledad, quietud, tristeza, seria concepción de la vida, indecisión.	Poco interés por las cosas exteriores, por el trabajo, inclinación al descanso.	Magnificencia. Aspiración a lo grande y noble. Desprecio por lo bajo y vil. Intelectual. Apasionado. Intinto de mandar. Imprudente.	Superficialidad, inconstancia, interés por las cosas exteriores, serena concepción de la vida, carencia de pasiones arraigadas.
BUENAS CUALIDADES	Inclinación a la vida interior, piedad, conmiseración, bienhechor de la humanidad, aptitud para ciencias.	Perseverancia, paciencia, ecuanimidad, discreción, carencia de mayores pasiones.	ACTIVIDAD. Entendimiento agudo. Voluntad fuerte. Concentración, constancia, magnimidad, libertad.	Trato fácil. Atable, alegre y chistoso. Obediente. SINCERO.
MALAS CUALIDADES	Pasividad, desaliento, pusilanimidad, desconfianza, recelo, irresolución, miedo a humillaciones y cruz.	Propensión al descansar, al comer, al beber. Negligencia, falta de energía y de un ideal elevado.	Orgullo, arrogancia, ira, hipocresía, insensibilidad y dureza. OBSTINACION.	Vanidad, complacencia de sí mismo, inclinado a galanteos, envidia, celos, parcialidad, goce por la vida, miedo al sacrificio.

COMPRENDAMOS

A un colérico se le conquistaba exponiéndole sosegadamente las razones. Las palabras severas e imperiosas le mortifican, lo obstinan y lo irritan hasta lo extremo.

El melancólico se vuelve tímido y taciturno con una palabra dura o una mirada recelosa. Con un tratamiento atento, se da, es confiado y fiel.

De la palabra de un colérico, bien puede uno fiarse, pero no de las promesas más formales de un sanguíneo.

No nos impacientemos, si un colérico es agrio, duro, impetuoso y obstinado. O si un melancólico se porta tímida e indecisamente. O si un sanguíneo se muestra locuaz, ligero y veleidoso. O si un fleumático nunca sale de su acostumbrada tranquilidad.

FORMA DE ANDAR

COLERICO: Anda con firmeza y decisión. Avanza de prisa.

SANGUINEO: Agil y ligero. De paso corto y a veces danzante.

MELANCOLICO: De paso lento y torpe.

FLEMATICO: Camina perezosamente y a sus anchas.

SUS LUCHAS

El **COLERICO** siempre tendrá que luchar ante todo contra su **TERQUEEDAD, IRA y ORGULLO.**

El **MELANCOLICO** contra su desaliento y miedo a la cruz.

El **SANGUINEO** contra su locuacidad e inconstancia.

El **FLEMATICO** contra su pachorra y pereza.

MIRADAS

COLERICO: Resuelta, firme, energética, ardiente.

SANGUINEO: Serena, alegre, despreocupada.

MELANCOLICO: Triste y preocupada.

FLEMATICO: Lánguida y no expresiva.

DIVISION EN EL CONCILIO, por qué?

Me parece que no habrá mejor planteamiento que repetir el párrafo del cardenal Bea:

«No se comprende corrientemente el hecho de que la más completa adhesión al magisterio de la Iglesia no excluya la libertad de opinión en tantas cosas que no han sido todavía aclaradas y definidas».

Es decir: en la Iglesia católica es perfectamente distinguible aquello que exige una absoluta adhesión intelectual y cordial, de todo aquello ante lo cual el católico es libre en su opinión y en su discusión, mientras el magisterio infalible no ha tomado una postura. Aquel pensar acorde en lo fundamental es lo que crea la unidad de la Iglesia, este pensar libre en lo accidental es lo que crea la multiformidad de posibles tendencias dentro del catolicismo.

¿Hay, pues, tendencias entre los católicos? ¡Y quién lo ignora! ¡Tantas como modos de ser! ¡Quizá tantas como católicos! ¡Y quién ha dicho que la multiformidad dañe a la unidad? ¿No será la uniformidad quien, alejando de la unidad viva, conduce al monolitismo? La Iglesia es un cuerpo vivo, no una piedra; nuestra unión la crea la sangre caliente, no el peso de la inercia.

Pero quizá todas las tendencias puedan reducirse a dos. A las dos líneas que comenzaron a dibujarse en el esquema de liturgia, a las dos corrientes que ayer se dibujaron con nitidez de bisturí. Dos corrientes que los políticos llamarían derechas e izquierdas. Dos corrientes que los sociólogos llamarían conformismo y anticonformismo. Dos corrientes que un católico no puede reducir al simplismo de uno de esos nombres, pero que pueden aproximadamente dibujarse. Porque son viejas; en todos los rincones de la historia de la Iglesia las encontramos.

Si, siempre ha habido, dentro de la misma fe, quienes han preferido acentuar las notas de la tradición y quienes han luchado por abrir los caminos de la innovación; quienes se han sentido especialmente preocupados por la exactitud de la doctrina, y quienes han preferido acentuar en el cristianismo los aspectos intelectuales, y quienes vibran más ante sus ángulos vitales.

Estas dos tendencias viven hoy en la Iglesia y ambas son, afortunadamente, necesarias, como son necesarios en un coche el freno

y el acelerador. Un coche con acelerador y sin freno se estrellaría. Un coche con freno y sin acelerador no avanzaría. Freno y acelerador deben convivir juntos; ambos son imprescindibles, aunque a veces resulte difícil decidir y hay que acelerar o que seguir frenando.

A derecha e izquierda quedan siempre los extremos: los que canonizan el freno y excomulgan al acelerador. Es decir, los integristas. Y los que, enloquecidos de entusiasmo por el acelerar, se enfurecen con el freno. Es decir: los progresistas. En medio, las dos tendencias vivas de la Iglesia, que se compenetran, que se combinan, que discuten a veces —como ayer— sobre cuál es el punto exacto en que deben combinarse.

A esta luz debe verse lo que está sucediendo en el aula. En un gran número de Padres predomina la tradición, la exactitud, los ángulos intelectuales del problema. En otros destaca el afán de renovación, el sentido de lo pastoral, la religión como vida.

Y observamos que los Padres tradicionales también aman la renovación y que los Padres renovadores no arrinconan la tradición. Es simplemente que en unos pesa más una fuerza que la otra. Ambos quieren caminar hacia el futuro desde la roca del pasado. Pero unos caminan con la mirada más vuelta hacia atrás. Otros miran más hacia adelante, sin olvidar cuanto tienen a la espalda.

Y la Iglesia vive gracias a las dos tendencias. Gracias a una, camina, se rejuvenece; gracias a la otra, no se descarria.

Pero donde hay tendencias tiene que haber roces. Sólo no hay roces donde hay dictadura, donde hay aplastamiento. Y un Concilio —diálogo por su propia esencia— es la gran ocasión para encontrar el equilibrio de tendencias. ¡Benditos sean estos roces, que serán, en definitiva, quienes hagan que la Iglesia encuentre su equilibrio.

(Del libro «Un periodista en el Concilio», de J. L. Martín Descalzo).

Konziliua ez da amaituko iñoiz

Noiz amaituko da Konziliua?

—«Konziliua ez da amaituko iñoiz be», esan dau Leger kardinalak.

Garai bat zabaldu dau Konziliuak Elizan. Konziliu au ez da izango ekitalditxo bitan beteko dan zeregiña; ez da mai gañean asi eta amaituko dana. Erromako ekitaldiak banatzen diranean, orduan asiko da Konziliuaren zeregiñ aundia: Eliza barrubarrutik barrizatzea.

Zergaitik? Konziliua gizadi osoari begira parau dalako; Ruan-go arzobispuak diñoan legez, Konziliuak ispiritual indarrak neurtu deutsozalako gizadiari; ispiritual meartasun guztieri erantzun zabal eta trebea emoten alegindu nai daualako.

Eta gizadiaren beartasunak aundiak dira. Ogei gizaldi ba-dira Kristo etorri zala eta oraindik

—iru gizonetik bik ez daukee Kristoren barririk,

—bi gizonetik bat Asia-tarra da eta Asia-n ia entzun be ez da egin oraindik Kristoren deia. Eta 50.000 jaiotzen dira egunero kristau ez diranen artean.

—iru gizonetik bat Jaungoiko-etzko estadupean bizi da,

—iru kristauetik bat katolikua,

—iru gizonetik bi goserik dagoz.

Konziliua mundu osoari begira dago. Danok gagoz Konziliuan; danok gagoz Konziliuaren buruaustetan. Eta buruastu onek ez dira aurtan erabakiteko lakoak, ezta urrengoan be.

«Konziliua ez da amaituko iñoiz be»; Konziliu au eta Elizaren asmoak, buruausteak eta barriztatu-naiak bat egin diralako.

Eta Konziliuaren eginkizuna, Elizaren eginkizuna, danon eginkizuna!

Lo más atrevido del Concilio

El arzobispo de Bolonia, cardenal Lercaro, parece que estaba esperando el fin de las sesiones del Concilio, para lanzar su intervención, como una bomba, sobre la augusta asamblea ecuménica.

Viendo que los esquemas no se ocupaban de un tema fundamentalísimo de nuestros tiempos, los pobres, individuos y pueblos, se atrevió a recordar a los venerables Padres que, según su parecer, éste debía ser el «tema» esencial del Concilio. Tremendo fué el impacto recibido por todos los que le escuchaban y la repercusión producida fuera.

Lo más «fuerte» de su arenga han sido las reformas concretas y posibles, conducentes a realizar la «evangelización de los pobres».

Propone al Concilio:

1.º Limitar el empleo de medios materiales, sobre todo los que parecen menos conformes con el espíritu de pobreza.

2.º Que los obispos, que son ordinariamente pobres, adopten un comportamiento y una presentación exterior que no sorprendan ni escandalicen a los pobres.

3.º Que la pobreza de los religiosos no sea solamente obra de los individuos, sino también de las comunidades.

4.º Que se abandone en la Iglesia una economía arcaica, que obstaculiza la acción apostólica.

El cardenal entiende que para llegar a esas conclusiones prácticas, es preciso que los nuevos esquemas aclaren bien el enlace histórico entre el reconocimiento de la evidente realidad de los pobres y la reforma efectiva de la Iglesia. Es preciso que el Concilio ponga de relieve que la doctrina de la pobreza de Cristo en la Iglesia y el modo de la presencia

y de la virtud salvífica del Verbo encarnado entre los hombres es fundamental.

MIEMBROS ESCOGIDOS DE LA IGLESIA

Por lo tanto, debe darse prioridad en la presentación de los esquemas a la doctrina evangélica de la eminente dignidad de los pobres, miembros escogidos de la Iglesia. El misterio de Cristo en la Iglesia, es hoy más que nunca, el «misterio de Cristo en los pobres»; puesto que, como ha dicho Juan XXIII, la Iglesia es de todos los hombres, pero en especial de los pobres. Por eso pide insistentemente el cardenal que el Concilio ponga como centro y alma de su obra doctrinal y legislativa el misterio de Cristo en su Iglesia.

Largo sería seguir a monseñor Lercaro en su «exhortación» a los Padres del Concilio; sin embargo, se inclina uno a pensar con él que, si el Concilio no recogiera su advertencia, se frustraría probablemente la inmensa esperanza de la unidad cristiana y se produciría una mayor desilusión en las masas proletarias, es decir, en los pobres, hoy más alejados que nunca de los consuelos de la fe.

En este momento solemne de la Iglesia, sería preciso demostrar solemnemente que la Iglesia tiene siempre entrañas de Madre; de lo contrario, poco impresionarían sus consejos de Maestra. El Concilio fué convocado, precisamente, para demostrar lo uno y lo otro. La sociedad no espera, asimismo, otra cosa; Juan XXIII lo ha repetido muchas veces.

Esta intervención del cardenal de Bolonia es, ciertamente la más atrevida y más reformadora de cuantas se han escuchado durante la primera parte del Concilio.

Ha cumplido ochenta años de vida y cincuenta de apostolado obrero el sacerdote belga monseñor León José Cardijn. Su infancia cristiana le proporcionó la experiencia clave para toda su vida: el hecho de que sus compañeros de escuela, al entrar en el mundo del trabajo, perdían la fe y se transformaban en enemigos de la Iglesia. Cardijn vió la necesidad de crear un movimiento que cuidase de los jóvenes obreros, para transformarlos en verdaderos hombres y conscientes de su dignidad de hijos de Dios.

Como coadjutor, en Bruselas, comenzó Cardijn su apostolado obrero. La guerra de 1914, en la que cayó prisionero Cardijn, destruyó su obra. Tras largos sudores y fracasos, Cardijn obtuvo sus tres primeros adeptos incondicionales. Tonnet, Garcet y Meert. Los nuevos grupos que iban surgiendo se presentaron, organizados, en el Congreso de la Juventud Católica de 1924. Aprobada la obra por el Episcopado belga, Cardijn fué nombrado asistente general de la

Cardijn

misma. Había nacido la Juventud Obrera Católica, la JOC.

En 1927 surgió la primera sección jocista francesa, en París. En 1928 la JOC organizó exposiciones ambulantes, que llamaron la atención de la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra. En 1929, por invitación de Pío XI, que había ya conocido personalmente a Cardijn, se celebró la primera peregrinación a Roma de la JOC. En 1933, con motivo de la crisis económica mundial, la JOC inició una campaña de asistencia en favor de los parados. En 1935 es el año de la gigante concentración de cien mil jóvenes en el Estadio de Heysel.

Cardijn y sus hombres sufrieron prisión por oponerse a los principios nazistas en 1940. La JOC trabajó en la ayuda a los judíos perseguidos, a los perseguidos políticos, y pagó un fuerte tributo de vidas humanas a la

gran contienda bélica 1939-45.

Desde 1927 Cardijn pensó en extender la JOC al mundo entero. Ya antes de la segunda guerra europea se fundaron centros jocistas en Francia, Suiza, Portugal, Luxemburgo, Hungría, Colombia y Canadá, y empezaban a funcionar en otros veintidós países. Al final de la segunda guerra, en 1947, la Conferencia Internacional de Montreal (Canadá) se planteó directamente el problema, viendo el surgir de la JOC en Alemania, Inglaterra, Yugoslavia, Holanda, Australia y África septentrional. Para 1950 todos los continentes poseían organizaciones jocistas. Adquiriría fuerza en Japón, Congo, Senegal, India y Filipinas. Cardijn, con 65 años, proseguía sus viajes por todo el mundo. Desde 1945 visitó sesenta y un naciones; recorrió América ocho veces. Un reflejo de esta presencia mundial de la JOC fué el congreso de Roma de 1957, en el que se presentaron ante el Papa treinta y dos mil jóvenes obreros de todo el mundo, acogidos por Pío XII.